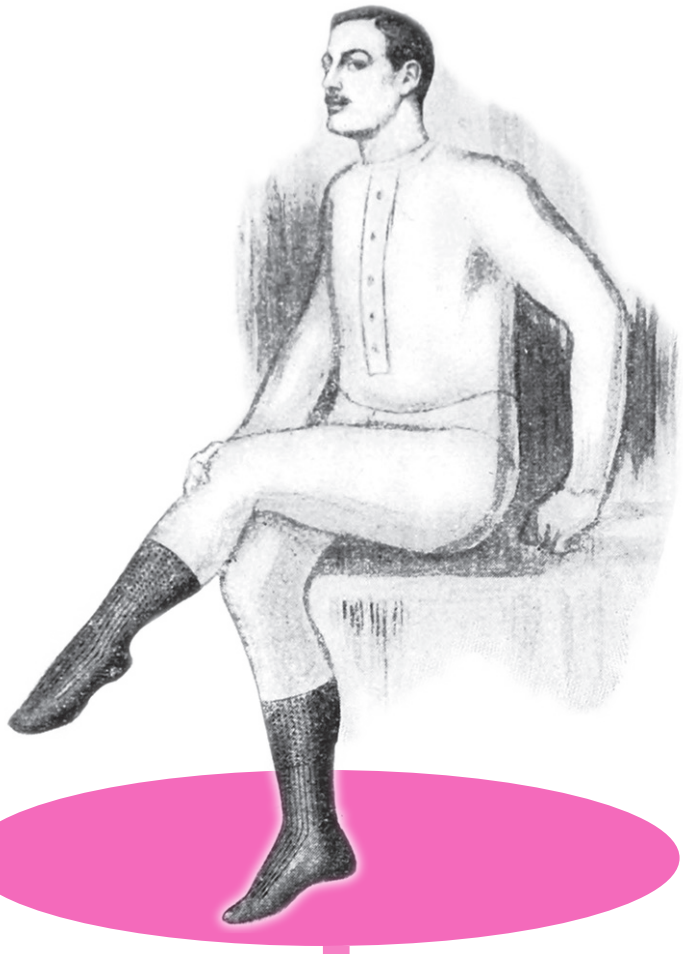


Relatos eróticos breves para compartir

En 2013, el Centro Sexológico Senso y la asociación DIALOGASEX, poníamos en marcha el I Concurso de Relatos Eróticos, con el cual pretendíamos promover la fantasía y la erótica, como componentes imprescindibles que deberíamos cultivar y ampliar siempre para el ejercicio de una vida sexual libre y placentera.

En aquella primera edición hubo una participación moderadamente alta de relatos si bien la calidad era dispar, el premio final se lo llevó un estupendo relato que conquistó al jurado de 2013, LA LATINA.

Para la segunda edición del concurso, conseguimos aumentar los patrocinios para los premios, de modo que a Centro Senso y Goma3 se unieron Bulgarcita Pingos y Bar Puerto Chico. Vimos cómo aumentaba el número de participantes y decidimos probar a leer los mejores relatos con público invitando a las personas ganadoras a leer su relato y hacerles entrega del premio. La experiencia fue muy positiva.

Para la tercera edición, la última que aquí se recoge, sumamos más patrocinios, como son los de Reinas y Bodega Hiriart (que lo daba junto a Fundación Triángulo), sumados a Centro Senso, Bar Puerto Chico y Goma 3. Por ese motivo decidimos aumentar los premios con menciones especiales al mejor relato escrito por una mujer y al mejor relato LGBT. Esta suma de premios con la que pretendíamos hacer una apuesta por la diversidad sexual, la no discriminación y la igualdad, nos hizo constatar el aumento significativo de relatos escritos por mujeres así como relatos con diversidad sexual. La calidad de los relatos recibidos, que ha hecho que varios de los mejores relatos no hayan podido recibir premios, y el éxito de la experiencia de volver a reunirnos para entregar los premios y leerlos en público, nos hace apostar por continuar este concurso.

Con la ilusión de que siga creciendo y sigamos compartiendo historias y erotismo, os dejamos los relatos ganadores de las tres primeras ediciones.

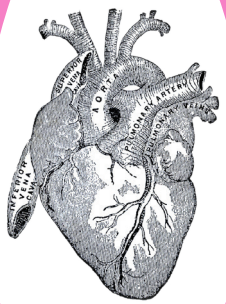
M. Eugenia Martín

Presidenta de Dialogasex

La Latina

Laura Elisa Cebrián Salé

Ganador 2013


SUPERIOR VENA CAVA
AORTA
PULMONARY ARTERY
PULMONARY VEINS
INFERIOR VENA CAVA

Flora había escuchado en las noticias que el gran conflicto de las ciudades modernas seguía siendo la prostitución. Totalmente incierto: el gran conflicto de las ciudades modernas eran los turistas. Lo podría demostrar en su casa de Tirso de Molina a quién le interesara. De hecho, debería ser motivo de un reportaje en la RTVE. Ya les enseñaría a las cámaras que por el estrecho patio de luces se oía de todo. Y Flora jamás confundió con burdeles aquellos sencillos hostales cuyos dueños rehabilitaron el edificio para ganarse el pan, e incluso habían traído algo de alegría a la casa, arreglado la fachada y las barandillas e impermeabilizado el tejado. Esperaban ahora la autorización del Ayuntamiento de Madrid para instalar un ascensor, dado que se trataba de una vivienda protegida de interés histórico.

Sin embargo las paredes seguían siendo de papel, y los ancianos viudos habían sido sustituidos por mochileros, amigos siempre de fiesta y buen rollito… ¡incluso algún chapoteo indecente de aguas mayores para los guiris que comían en el hindú del otro lado de la plaza! Pero sobre todas las cosas, habían traído los escandalosos gemidos. A cualquier hora.

Ya no sabía si tenía insomnio porque su fotosensibilidad extrema había hecho de las noches un momento para salvaguardar su piel de los terribles sarpullidos o porque los demás parecían trabajarse de noche.

Hoy, esta misma tarde del 15 de Agosto, tras años de convivencia tensa, de incluso increpar desquiciada a los amantes un: "¡A ver si nos ponemos un bozal, perros!", de tener que aguantarse sin poder cambiar la ventana a doble cristal (a espera de la aprobación del Ayuntamiento de Madrid); unas voces femeninas, después de acomodarse y elogiar el ventilador, se han enzarzado en un cúmulo de gemidos inciertos y ropas frotándose. Envuelta en un albornoz —una ducha templada para soportar el bochorno— Flora escucha estas palabras:

— ¡Oh! No sabes cuánto he echado de menos el latido de tu coño…

Se oye entonces un quejido doble, que son las dos voces guturales uniéndose. Una es aguda, parece sollozar en el orgasmo, y la otra emite tonos graves como el que degusta una salsa mojada en pan. Apenas un minuto más tarde se recomponen y cierran.

¿El latido de un coño? ¡Una vulva que palpita! Flora se echa sobre la cama, dispuesta a una larga siesta para ocultarse de las horas de luz asfixiante. Gracias a las cortinas de vinilo disfruta de una oscuridad casi completa. Desanuda el cinto del albornoz, extiende las extremidades sobre la tenue humedad del tejido…Y después de unas cuantas vueltas sobre la cama… el sueño no llega. Los susurros ahogados se cuelan en su pensamiento, como las hebras de luz que iluminan el techo cuando abre los ojos, cansada y aburrida.

Flora está hastiada. De la casa de la que apenas puede salir sin cubrirse como una fugitiva. De escuchar las risas ajenas. Y de ser incapaz de disfrutar de su soledad. De esta vida que lleva en suspenso, a la espera de largarse de Madrid a algún lugar de luz difusa. Y la idea de que quizá su coño sea lo único que pueda latir en su insípida existencia arde en su cabeza.

Se lleva las manos aún frescas al vientre y comienza a juguetear con esos michelines que le encantan. Cruza tímidamente el pubis y el vello fino que lo cubre, para repasar los muslos, que comienza a rozar entre sí. En esta penumbra no puede distinguir la palidez de su piel, fina y débil, cuajada de pecas. Pero a falta de mirar, el tacto inunda toda sensación, así como esas voces han penetrado por la ventana. No ha necesitado fotos para la extraña necesidad de comprobar si, verdaderamente, su cuerpo late de deseo. Flora empieza a dibujar círculos alrededor de la cadera con una mano, y con la otra se entretiene en las curvas de los senos, que decide pellizcar. Sus músculos se distienden calladamente Se le erizan y se le abren los poros a un tiempo cuando hunde los dedos en la ingle. Hinca levemente las uñas en los costados y sube rápidamente, como un relámpago, hacia el cuello. Se mece sobre el albornoz en una danza íntima.

Si la vieran ahora las cámaras de la RTVE…la descubrirían excitada en su propia imaginación, alargando el momento de surcar la hendidura del sexo. Flora se retuerce y entierra su rostro en la almohada, apoya las rodillas en el colchón y se lleva una de las manos a las nalgas. Ni se da cuenta de que ha comenzado a gemir.

Pero, ¿será posible que la vagina palpite? Nota su clítoris estremecido entre las caricias, y una cascada descendiendo por su interior. Parece que todas las frases que se han perdido en su cabeza vienen ahora en oleadas de placeres. Los besos tranquilos de los viajeros de fines de semana, las embestidas locas de los casados y sus amantes. La locura de los tríos e incluso cuartetos. Ha podido discernir siempre cuántas voces había. Las reconoce todas. Y su maravilloso oído la pervierte continuamente en las noches de trabajo. Ni la música ni los tapones para los oídos pueden ocultar el trino de las cuerdas vocales al gemir de placer.

Flora perfila la vulva con un dedo, pero rápidamente se arrepiente y aprieta con descaro los labios. Ruge incontrolable y continúa tocándose, acompañada de los jadeos ajenos, de su propio cuerpo, rotundo y colmado de líquidos. El clítoris lo nota tieso, pero la vagina…

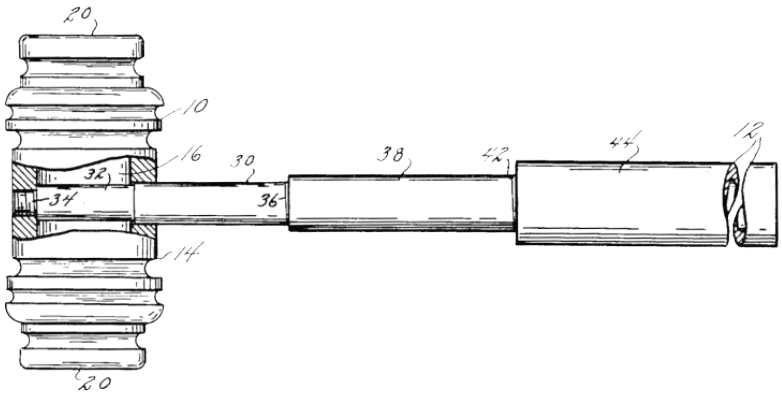
La curiosidad, que es cosa muy humana, guía sus pasos. Y Flora se inicia maravillada por las rugosidades, las contracciones y los recodos de su interior…No sabría contestar a la pregunta de si late o no, pero que de la vagina emanan grandes sabidurías no tiene la menor duda. La tarde transcurre en estas exploraciones hasta agotarse, y ella se arrebuja en la cama que ha quedado totalmente descompuesta.

Escucha a lo lejos una conversación…alguien que llega…Se queda dormida. Tras años de quejas, peticiones a la comunidad de vecinos e improperios, luchas y esfuerzos, ha perdido. Jamás lo reconocerá, pero ya no está a salvo. Cambiará el cristal cuando le llegue la autorización y podrá encerrarse en su apartamento un poco más…pero ya no podrá obviar esas vibraciones que han saturado su ser de tal forma…que esta noche se ha olvidado de cerrar la ventana.

Alakazam

M.L El Deshollinador

1er premio 2o15


20
10
16
30
38
42
44
12
32
34
36
14
20

En las oficinas ya no había nadie. Mientras se enroscaba la bufanda y apagaba el ordenador golpearon la puerta del despacho. Tras un "adelante" desinteresado entró el guarda del edificio. Tenía quemaduras por todo el cuerpo, eso lo sabían todos en los tribunales aunque su uniforme ocultara la gran mayoría. La de su cara era suficiente para sentir la compasión en alguna de sus variantes. Sin embargo la magistrada jamás había mostrado algún signo del tipo, no porque fuera una experta del engaño y la hipocresía sino porque su orgullo le hacía tratar al resto de los mortales con desdén. La presencia del guarda nunca la había incomodado, casi se podría decir que incluso en ese momento él seguía formando parte del decorado de su vida.

-¿Que necesitaba, Alberto?-, le preguntó sin siquiera mirarlo a los ojos.

El guarda tardó unos segundos en contestar, sus dedos se enredaban en su espalda denotando un esfuerzo para medir las palabras.

-Señora, yo solo quería hablarle...

-¿Hablarme de qué?... Se me hace muy tarde, tengo una cita en veinte minutos y ya me he demorado demasiado...

-Pues de eso precisamente yo le quería hablar... -la interrumpió Alberto con el tono más elevado que ella le hubiera oído pronunciar. En ese momento el decorado dejo de serlo ipso facto e irrumpió de una manera que no permitía ser ignorado- ...la cita a la que usted pretende asistir, verá yo no creo que haga verdadera falta...

-¡Pero que está diciendo! A ver si me voy a tener que enfadar, ¿de qué va todo esto?

La magistrada ya había hecho contacto visual con el guarda, había observado su nerviosismo y sus ojos no habían podido evitar fijarse en la cicatriz encima de su labio que se ligaba con las dos aberturas que hacían de nariz. Alberto miró al techo mientras seguía restregándose las manos y habló otra vez en un tono normal.

-Yo quisiera saber si una persona como usted realmente necesita “citas” como la de esta noche, no consigo entender por qué usted se ha vuelto tan dependiente de algo así... -la magistrada soltó una risotada mezcla de admiración y nerviosismo.

-¡Ay Alberto! Habla como si me conociera... ¿no se habrá usted enamorado de mí, no?-, le dijo mientras hacían un brevísimo intercambio visual y el guarda volvía a mirar el vacío, ahora en dirección a la ventana.

-Sé que una persona como yo, con mis defectos tan evidentes, no puede ser muy... ¿cómo decirlo?... pero creo saber, casi en un cien por ciento, que lo que siento por usted no es amor, eso seguro, pero sí que siento un profundo respeto por usted... Pero al margen de eso, y creáme que yo le guardo un sincero cariño, creo que sí la conozco bien, seguramente no tan bien como sus amigos o su familia, pero estoy convencido de que yo sé cosas, cosas íntimas, que casi nadie debe saber sobre usted...

Alberto volvió a ejercer contacto visual y creyó percibir en el rostro deformado de la magistrada la complicidad que estaba buscando. Esa pista falsa le infundó el coraje que necesitaba y dejó de medir sus palabras.

-Sé, por ejemplo, que debajo del ombligo tiene una pequeña marca de nacimiento, que antes de lamer el clítoris usted prefiere que le acaricien el perineo, y que la lengua recorra los labios internos... Sé que no le gusta que le metan la lengua dentro de la vagina, pero que no tiene ningún reparo en que se la metan por el culo, tampoco tiene reparos en chupar esa misma lengua segundos después... en lugar de que la acaricien prefiere que la aprieten, que le estrujen los pechos y las nalgas... Pero lo que más le gusta a usted es no poder ver...

-¡Bueno ya está bien!

-¡No! No lo está-, se impuso Alberto en un tono más fuerte. -No lo está, porque usted ha empezado a abusar del servicio que ofrecemos,

usted ha empezado a implicarse, y no debería haber ningún problema si usted prefiriera pagar por los servicios de otro caballero, pero usted siempre elige a Alakazam, siempre quiere a Alakazam, incluso la otra noche le dijo "Te quiero" a Alakazam mientras él la sodomizaba, y Alakazam como bien se habrá dado cuenta es Alberto el guarda quemado que lleva trabajando con usted muchos años... Y créame que esto no es un chantaje ni nada parecido... Para mí Alakazam representa todas mis alegrías, gracias al servicio que posibilita "Affaire a ciegas" una persona como yo puede practicar el acto sexual complacido, aunque me prostituya, porque me permite hacer felices a mujeres que bajo las reglas convencionales nunca me darían una opción... y gracias a Alakazam hasta me dicen que me quieren... Y eso es mucho más de lo que un hombre como yo podría pedirle a la vida... Pero con usted la relación no es anónima, yo a usted la veo todos los días...

Alberto hizo una pausa, su cuerpo había empezado a sudar por el nerviosismo. La magistrada lo miraba fijamente a los ojos y no era capaz de hacer ningún gesto.

-Es difícil de explicar, yo no pretendo avergonzarla, yo solo temo por mi trabajo de guarda y por mi otro trabajo, sobre todo por mi otro trabajo, temo que alguna noche se le caiga la venda y descubra la verdad... Y creo que en esas circunstancias todo sería mucho peor. Por eso hoy reuní fuerzas aún con miedo... Y ya está, era solo eso, solo le pido que tome usted las medidas que crea convenientes y que no me guarde rencor... Tan solo eso le pido...

Alberto se dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Cuando tenía su mano apoyada en el picaporte escuchó la voz de la magistrada.

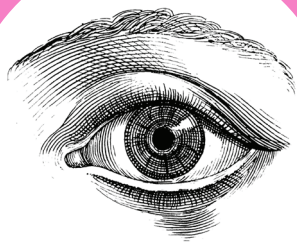
-¡La primera medida que pienso adoptar, Alakazam, es impedirle que salga de esta habitación!

Cuando el guarda se dio la vuelta la magistrada se encontraba sentada en su escritorio, su bufanda le tapaba los ojos y muy despacio se desabrochaba los botones de la blusa.

La mirilla

Diana Rodrigo Ruiz

2° premio 2o15



Se levantó de la cama a beber agua. María era una señora de costumbres y en la madrugada el sueño la abandonaba, comenzaba a removerse debajo de las mantas y no tenía más remedio que ir hasta la cocina y saciar su sed. Ya había probado con todo tipo de infusiones, pero no conseguía dormir de un tirón toda la noche. ¡Siempre tenía que levantarse y aquello era insufrible! Encima hacía un frío horroroso, estaba asqueada con aquel invierno. ¿Por qué no terminaría ya?

Así que se puso sus zapatillas y se dirigió hasta la cocina que estaba en la otra punta de la casa. Una vez allí, abrió el grifo mientras sacaba un vaso del armario. Era una manía que tenía, pensaba que los bichos y la cal se acumulaban en las paredes de las cañerías y tenía que dejar correr un poco el agua para evitar infecciones. Entonces sucedió lo que pasaba todos los viernes a esas horas, todos los viernes desde hacía unos meses. Justo al dar los primeros sorbos comenzaba a escuchar unos gemidos en el rellano de la escalera.

Sigilosa llegaba hasta el pasillo y apagaba todas las luces para no ser descubierta y allí se quedaba un buen rato, pegada a la mirilla. Había descubierto un enorme placer en espiar a Verónica, la hija de su vecina de arriba. ¡Pero qué descaro tenían ella y su novio! ¿Cómo podían hacer en aquel lugar esas cosas?

Al principio lo veía todo borroso tras aquel monóculo curvo, solo un par de siluetas entrelazadas. Pero poco a poco, cuando su ojo iba haciéndose a la oscuridad y a aquella visión circular podía disfrutar un poco más con aquellos goces. Sí, un descaro por un lado, pero por otro sentía una honda envidia ¡qué maravilla poder enzarzarse en esos maratones de besos y caricias!

Aquella noche la chica parecía completamente desbocada, porque sus respiraciones no eran nada discretas. Por las ondulaciones de la pelvis de él estaban ya muy avanzados en sus placeres. María pudo ver las bragas de la hija de su vecina en uno de sus tobillos y las piernas completamente levantadas enroscándose a la cintura de él. El muchacho la sostenía por los glúteos, contra la pared, y parecía hundir su boca en el cuello de la chica, que no hacía nada más que agarrarse con fuerza a la cabeza de su novio.

-¡Rubén, más rápido! ¡Ahora!- pero él, sin hacerle ningún caso, paró en seco y la bajó.

María veía lo que ocurría, con los ojos como platos, subida al alzador que había comprado para aquellos encuentros de los viernes. ¿Cómo sería hacer un trío?, se preguntaba a veces, ¿algo parecido a aquello? En cierto sentido lo eran, al menos indirectamente ella ya se sentía partícipe de tanta sexualidad derrochada.

Pero dejó de perderse en divagaciones para concentrarse en la nueva postura de la pareja. Aquella solo la había visto en un par de ocasiones. Rubén puso a su novia de espaldas y la hizo inclinarse un poco. Ella se apoyó con las dos manos en la barandilla y comenzó a gemir cuando le levantó la falda. María pudo ver sus nalgas, que se izaban sin ningún pudor. ¿Cómo sería el acariciarlas, besarlas, morderlas, introducir su lengua por todos sus recovecos? Sorprendida, porque parecía que el novio había leído sus pensamientos, se agachó y comenzó a lamer todo el culo de la chica. Ella parecía que no podía más y el eco de sus placeres colmó toda la escalera.

-¡Métemela ya, no seas malo!

María vio como el muchacho se incorporó y comenzó a mover su miembro entre sus dedos. Lástima no verlo bien, pero seguro que sería increíble, no como la de su marido. ¡Ah la juventud, que todo lo da!

Así que pudo imaginar todas las venas nervudas del pene latir de pura excitación. Como la vulva de ella, que en la luz azulona de la noche brillaría de tantas humedades.

-¿Ahora, ahora la quieres? ¿No prefieres mis dedos que bombean más rápido?

Ella no contestó. «No podrá ni contestar, no tendrá ni aliento», pensaba María. Él parecía inquieto y deseoso, porque se acercó a ella y la penetró. Nuevamente comenzó a balancearse de atrás hacia delante, de delante hacia atrás, cada vez más deprisa. La agarraba fuertemente de las caderas y de vez en cuando le daba suaves azotes. «Menudas marcas le estará dejando», se decía para si la espía.

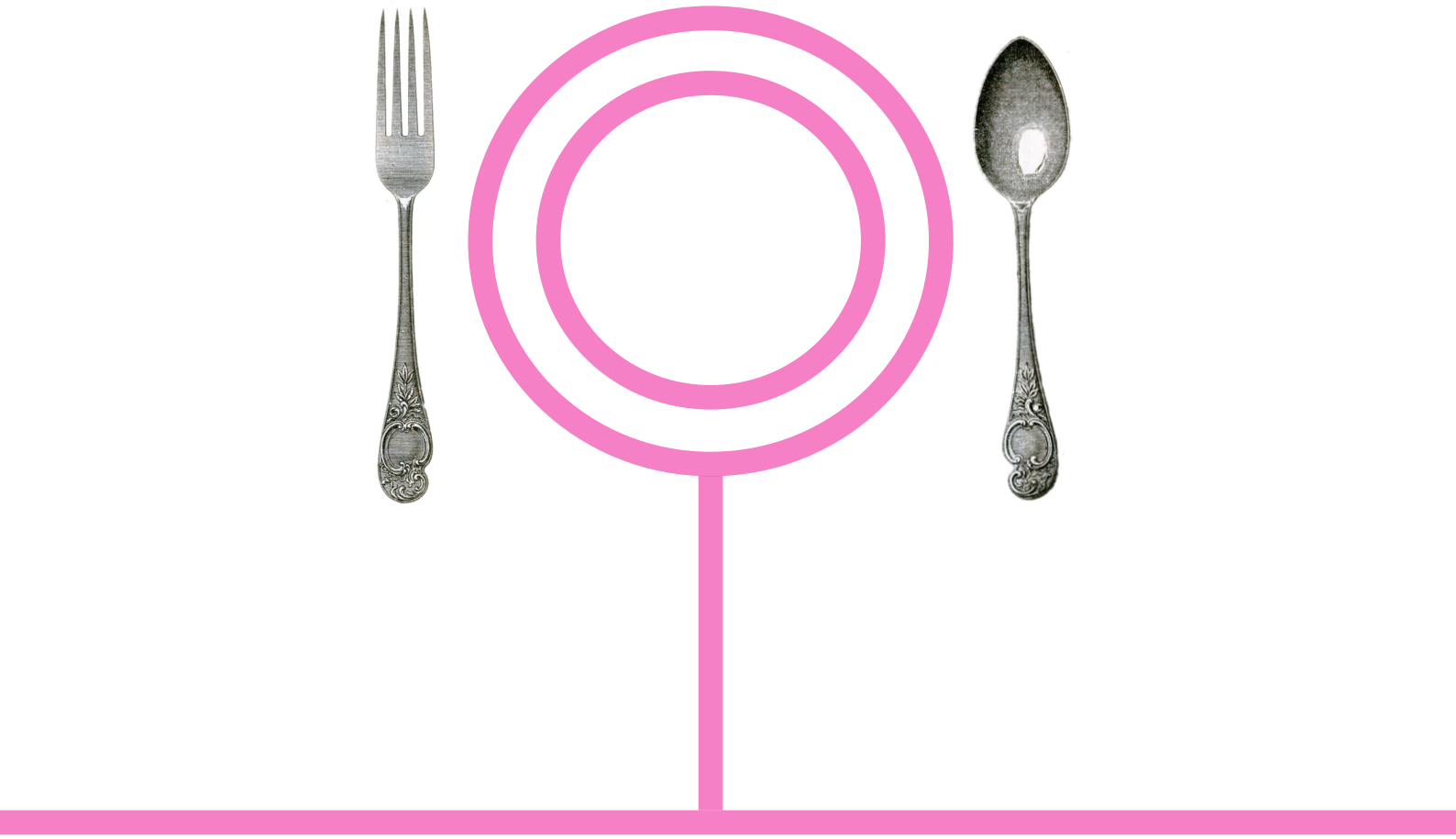
A los jadeos se unía un sonido de chapoteo. María pensaba en ese hilillo transparente que estaría cayendo hasta el suelo desde los sexos de ambos, encadenados por la nebulosa del placer. «Cómo echan la cabeza hacia atrás, cómo jadean… ¡Vamos Rubén, húndete más y más en su coño! ¡Tócate ese clítoris, Verónica!», quería jalear, gritar María, mientras todo su vello se erizaba y un escalofrío le recorría sin pausa toda la columna.

María, ajena a todo, solo estaba concentrada en aquellas dos siluetas que se agitaban sin parar. Pero no sabría decir si se corrieron. Solo podía, quería imaginar: que fue Rubén, que fue Verónica, que fueron ambos, a la vez o por separado; antes que un aguafiestas encendiera la luz de la escalera.

Monotonía

Natalia Gómez Martín

3er premio 2015



Busco su mirada desesperadamente, a cada instante. Tengo que encontrar algún atisbo de atracción en sus ojos, para atreverme a rozar, besar, acariciar su cuerpo.

Estamos los dos solos, frente a frente, en una estancia oscura, triste, vacía; observando cómo el viento mueve las hojas de los árboles, como siempre, a través de la ventana. Deberíamos tener claro que los dos sentimos lo mismo, después de tantos años viviendo juntos, aunque sin compartir cama. Sin embargo, nunca hay palabras, y las miradas se pierden en horizontes que no se sabe dónde acaban. ¿Por qué nos conformamos con que transcurran las horas sin que pase nada? Aquí un día es igual de gris que el anterior, e igual de oscuro que el siguiente.

Cierro los ojos.

La habitación se ha tornado de unos colores vivos: azul cielo, verde lima, rojo fuego. Parece que hubiera entrado el arco iris por la ventana. Huele a hierba recién cortada, a lluvia de verano.

Animado por el nuevo tinte que adquieren las cosas, vuelvo a buscar tus ojos. ¡Por fin me miras! Tanto tiempo esperando una respuesta a esa pregunta que nunca te he hecho. Pero tus pupilas me han contestado. Ahora, sí lo tengo claro.

No puedo controlar la ansiedad que siento ante este primer contacto. No voy a malgastar estos momentos en cortejos previos, ni en romanticismos absurdos. Voy a ir directo al grano.

Me acerco a ti muy despacio, disfrutando de cada segundo. Noto cómo se te eriza la piel al contacto con la mía. Es tan suave, y a la vez electrizante, que al pasar mis yemas por tu pecho siento un intenso cosquilleo que llega hasta mi sexo. Tu olor me estremece. Detecto un dulce aroma cítrico que me embriaga, haciendo que mi lengua se pasee por los recovecos más insólitos, degustándote. Nunca, en tantos años, te he tenido tan cerca, y ahora que, por fin, puedo acariciarte, voy a dejar que mi cuerpo te posea.

Entre jadeos y embestidas, con nuestros cuerpos empapados en saliva y sudor, intuyo que pronuncias mi nombre como un suspiro, breve, apenas perceptible. Nunca antes había escuchado tu voz. ¿Me lo habré imaginado? ¿Por qué no me lo vuelves a decir?

Llámame ahora, que estamos los dos tendidos, después de habernos entregado el uno al otro sin medida, y haber recorrido cada rincón de tu ser, saboreándote, inspirando cada fragancia que emana de ti. Quiero que me sigas mirando. Quiero que me hables. ¿Por qué ya no me hablas? Necesito volver a escuchar tu voz templada. Pero tu susurro se desvanece, muta en silencio… ¿Qué te está pasando? No logro entenderlo. Siento un sudor frío que recorre todo mi cuerpo…

Y abro los ojos.

Oscuridad, vacío, hielo. Ya no hay palabras. Ya no hay miradas. Otro día igual de mustio que el anterior e igual de apagado que el siguiente. Monotonía.

Dos personas uniformadas se acercan a mí. La hora de la siesta ya ha pasado.

Me acicalan, con una colonia barata, que por lo menos huele a limón. Con suma delicadeza, me levantan de la cama y me sientan en la silla de ruedas. Poco después, me llevan al comedor. Hoy hay yogur para merendar. Se me acerca otra persona, con un babero de la mano, y me lo pone para que no me manche. Mientras engullo una cucharada tras otra, reparo en una silueta familiar… Y allí vuelvo a ver sus ojos, que observan cómo una mano, que conoce de sobra, limpia su boca con cuidado. Los dos, otra vez en la misma mesa, en el mismo rincón. Rutina.

Mañana, a la misma hora, volveré a buscar tu mirada para devorarte en mis sueños.

Tren de medianoche

Raquel L.C.

1er premio 2o16

Accesit mejor relato
escrito por una mujer

Ella compró un billete de ida, de expectativas, de ilusiones, sin trasbordos ni paradas en estaciones pequeñas, con toda la vida como viaje por delante. Yo, uno de vuelta, de vuelta de todo. Con el fracaso en la maleta y el rímel regocijándose en cada surco de mi madurez.

Ella ventanilla, para atraparlo todo sin pestañear, yo, pasillo, para dejar pasar quien sabe si la última oportunidad.

Una avería en el tren hizo que nuestros caminos confluyeran durante unas horas, más allá de compartir asiento. A oscuras, sin cobertura en el móvil y con el informe del revisor diciendo que seguramente hasta el amanecer no podríamos reiniciar el viaje, me invitó a fumar en el baño. Como un acto de rebeldía, acepté la invitación a pesar de llevar ocho años sin probar un pitillo. En tan sólo tres caladas su boca me pareció la más seductora, la luz que emanaba el cigarrillo al aspirarlo perfilaba sus labios y en las dos siguientes caladas ya sólo pensaba en besarla.

Nunca sabré si fue ella quien quiso probar el sabor de mi boca o si fui yo quien se aventuró a descubrir el tacto de su lengua. Sólo sé que no era la lluvia que arreciaba en el exterior la que mojaba mis bragas.

Nunca había besado a una mujer y nunca hasta entonces había sentido tanto placer. Su lengua se entendía con la mía, jugaban ansiosas, retozaban cerca de los dientes, se acariciaban glotonas, sus labios rozaban los míos, coqueteaban con mi respiración agitada. Su boca era pecado y yo quería morir en ese infierno.

Unos golpes en la puerta del baño nos hicieron despegarnos. Reímos tontamente, como si en vez de tabaco hubiéramos fumado marihuana. Volvimos a nuestro asiento con un carcajeo nervioso que cesó cuando ella acercó su boca a mi cara.

Me gustas, dijo con el desparpajo que la juventud le otorgaba y casi de un brinco se sentó a horcajadas sobre mí. Nuestro vagón iba

prácticamente vacío y a oscuras era difícil que nadie nos viera. Dejé que dirigiera mis manos hacia sus pechos, por encima de su camisa, dos turgencias pomposas y revoltosas que zarandearon mi respiración. Desabroché con torpeza los botones e introduje mis manos bajo la blusa. El sujetador, de algodón, sin aros, sin relleno, sin puntillas, de una austeridad espartana, dejaba advertir sus pezones duros, muy duros, dos botones con los que las yemas de mis dedos activaron todas las alarmas de mi piel. Me rendí ante sus encantos y ella se sintió fuerte, dominante, levantó el sostén hacia arriba y empujó mi cara hacia sus pechos. Acaricié con la punta de la lengua aquellas fresas, que con lozanía saltaban al envite de mi boca.

Un rayo en el exterior dibujó su cara angelical y atisbé entre los pliegues del sujetador izado unos pueriles dibujos. Cuántos años tienes, le pregunté con miedo. Sus facciones eran marcadamente infantiles y sus gafas, de pasta naranja, realzaban aún más una ingenuidad nada acorde con sus actos.

Veintiuno, respondió con firmeza, como si a esa edad uno tuviera patente de corso para embarcarse en cualquier batalla. Que fuera mayor de edad me alivió sólo un poco.

¿Te das cuenta de que podría ser tu madre?, le pregunté aún excitada. No hubo respuesta, no de su boca. Fueron sus manos, sin saber aún cómo, las que tomaron las riendas. Sentí sus dedos reptando por mis braguitas de encaje hasta alcanzar su objetivo y acariciar mi sexo con destreza. Dibujaban círculos excéntricos, concéntricos, trazaban líneas, de arriba abajo, de abajo a arriba, despacio, al objeto de provocar aún más mi deseo que ya ardía.

¿Quieres que siga?, rompió su silencio al mismo tiempo que paró sus manos. Sigue, mascullé en un aliento hueco y jadeante. Entonces no vuelvas a llamarme niña, y según terminó la frase, introdujo su dedo corazón en mi coño mientras con el pulgar acariciaba con pericia mi clítoris.

Quise gritar, aullar como una loba pero me besó con fuerza para no alertar al resto del pasaje. Fue el orgasmo más brutal de mi vida. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que podía sentir algo así.

Nos despertó el último pitido del tren como un desgarro. Fin del trayecto.

¿Volveremos a vernos?, preguntó con frescura.

No, supongo que no, le dije con una soga anudada en mi garganta.

Me acompañó hasta la parada del taxi y se fue como llegó, contagiando el aire de jovialidad. Nunca un beso tan largo se me hizo tan corto, nunca una despedida fue el más cruel de los zarpazos.

Las amantes etéreas

Raquel Salas

2° premio 2016

Fig. 16

Fig. 17

Fig. 18

Fig. 19.

Fig. 20.

Fig. 21.

Se fue mucho antes de que pudiera despedirme. Se había convertido en una costumbre. Toda nuestra relación había nacido con un horario que solo el silencio marcaba. De hecho me acostumbré tanto a aquella soledad que dejé de llamar a las cosas por su nombre, hasta que el mío sin más, un día también desapareció. Cuando volvía a mi vida yo obedecía a su cotidianidad como el perro que espera a su amo a la puerta después de un largo día de trabajo. Yo no era yo, y a él nunca le importó, solo era una piel con la que taparse en las noches de frio.

Una vez en la ducha oí que llamaron al automático. Sabía que era ella. Con el albornoz y el pelo húmedo abrí. Nos quedamos mirando de frente y justo antes de que bajase la mirada ella me abrazó. Había vuelto a mí, de nuevo a ocupar la casa en la que nos refugiábamos, justo en frente de la que compartía con Pedro. No pude pronunciar su nombre ya que, como dije, desaprendí esa costumbre. Llevaba un vestido de tirantes, de gasa abotonado hasta la altura del pecho. Una cadena colgando del cuello que por el sudor se le había quedado pegada a un lado, cerca de la clavícula, cogí aire entre los dientes y lentamente se la volví a poner en su sitio. Supe que tragó saliva por el movimiento que hizo su nuez. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa segundo antes de que cerrara la puerta. Miré por la mirilla y vi cómo se quedó parada unos segundos cogiendo la cadena con sus dedos e introduciéndosela en su boca, quedó quieta y se giró, yo tras la mirilla di un respingo, del susto mi albornoz se abrió como mi apetito. No oí su nombre ni su voz, pero sí que descubrí la huella dactilar que dejó su piel en mis dedos una vez que di voz al deseo.

Pedro ya estaba vestido, peinado y listo con su maletín para salir hacia la sucursal una hora antes. Al llegar a la entrada se paró frente a mí, extrañado tal vez de mi presencia semidesnuda en la puerta. Se miró al espejo acomodó su corbata e hizo lo de siempre me miró y se fue.

Me quedé frente al espejo de la entrada, dejé que el albornoz fuera resbalando lentamente desde mis hombros hasta la altura del antebrazo.

Me abracé sintiendo mi torso medio desnudo, reencontrado al fin después de tanta búsqueda. Puse música y me preparé un Martini blanco, había que celebrar que me sentía viva. Me puse la camisa de tirantes que se había dejado Pedro y que llevaba conmigo el suficiente tiempo como para haberse adaptado a mi cuerpo. Después del segundo trago volví a oír el timbre y de nuevo allí estaba ella, mi amante de belleza taina, etérea como la voz que no esconde su peso buscamos en la costumbre de amarnos las palabras dormidas.

Me cogió por la cintura y fue subiendo mi camiseta hasta que mi ropa interior quedo expuesta.

Tomó mis pechos, como una conquista silenciosa y ávida.

Me acerque, le bajé el tirante, como quien saborea el primer mordisco, cuyo gozo era totalmente conocido y buscado. Fui desabotonando uno a uno su pechera, mientras repasaba a pequeños intervalos su cuello con mi lengua. Cuando su vestido cayó totalmente al suelo la observé metiéndose mis dedos en su boca. Se dio la vuelta y ambas quedamos reflejadas en el espejo. Cogió mis manos y las puso sobre sus pechos, eran suaves y sus pezones reclamaron la atención de mi boca. Me contuve hasta que su mano sobre la mía me dibujó el camino hasta su sexo, ardiente destello del que mis dedos quedaron presos por unos instantes. Ella se contoneaba y me enseñaba que le gustaba cuando las caricias empezaron a ser mutuas. Aprendí a amarme ferozmente a través de ella. Supe de mi por primera vez, cuando sus manos expertas pusieron nombre al fin a mi carne. Yo soy Valentina.

A la mañana siguiente la botella de Martini seguía casi entera al lado del sofá. Me metí en la ducha mientras que se preparaba el café. Mi compañera se había ido hace un rato a su casa. A sí que decidí llevarle el desayuno. Llame a su puerta en varias ocasiones. No había nadie. Me cansé y dejé la bandeja con el desayuno al lado de su puerta.

Pedro subió al poco y al ver la bandeja, la cogió con un cansancio desconocido para mí. Agachó la cabeza y cuál fue mi sorpresa que sacó de su bolsillo las llaves con las que entró en la casa. Acudí corriendo tras

él y antes de que le pudiera pedir y dar explicaciones tope con unas cajas de cartón que cayeron de súbito a sus pies.

Pedro dio un paso atrás y se echó a llorar.

-¿Qué quieres? ¡Aquí me tienes! Soy tuyo, aunque eso ya lo sabes.

Me quedé mirándolo extrañada entre todo ese caos de libros, laminas y pinceles desubicados de su tarro de cristal.

Seguí el pasillo hasta la habitación y nada más entrar descubrí mi torso pintado en la pared, con un gran espejo de fondo mi cara llegando al orgasmo mientras me mordisqueaba los labios sin contención. Había laminas con partes de mi fisonomía por el suelo, en uno de esos grabados también estaba mi amante, Yatzil, desnuda llamándome con las manos hacia ella.

Tomé aire, o lo que creía ya que era aire. Empecé a coger las láminas una a una, buscando esa huella táctil de ella, su sabor en mi boca, algo que me dijera que algún día ella existió.

- Esto es lo que queda de ella. Se enamoró de ti Valentina. Dijo Pedro.

Fue la primera vez en tiempos, que le oí pronunciar mi nombre.

-No entiendo, le repliqué.

-Como yo, se enamoró de ti sin darse cuenta.

-Pero anoche estuvimos juntas.

El siguió hablando sin percatarse de mis lágrimas.

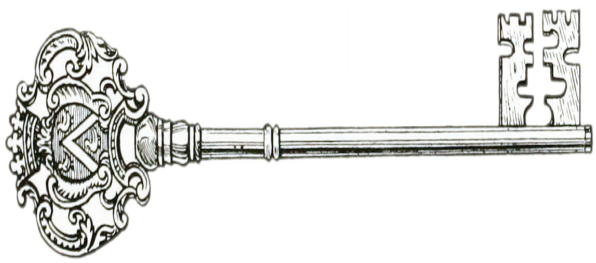
-Ella dio el primer paso y tú la seguiste. Os quitasteis la vida en esta casa. Ya no soy capaz de seguir intuyéndote, de sentir tu perfume sin que me deje indiferente. Déjame rehacer mi vida, como tú lo hiciste aunque sin contar conmigo. Te quise Valentina pero has de irte, tal vez entonces os pertenezcáis para siempre.

Cerró la puerta y yo quedé dentro entre los lienzos y los pinceles que un día ella utilizó para pintamos frente a nuestro espejo.

En la intimidad de Praga

Marisol Tundidor Gago

3er premio 2016



Hace tiempo que tengo un nudo en la garganta. Los cielos de este invierno son fríos y bajos, con fuertes vientos y granizos helados. Desde que enviudé hace 10 años, tengo problemas para soportar las brumas y nieblas oscuras e intensas de esta ciudad. Confieso que tengo un pasado vacío de caricias y huérfano de experiencias sensuales, que he sido domesticada en el mantra de es mejor dar que recibir y que estoy cansada de fregar platos, de escuchar que el amor y el sexo son sólo propiedad de los jóvenes, especialmente cuando si, especialmente se trata de una mujer después de los 60, como es mi caso. Confieso, para sentirme clara, que en la soledad de mis noches alimento la esperanza de peregrinar a un tiempo y un lugar para sentir paz, para sentirme viva y humana.

Huyendo de fantasmas y demonios mentales del balance de fin de año y para procurarme una vida independiente durante el mayor tiempo posible, decido viajar en un Club en el que la sociedad y mis hijos, me clasifican.

Un 20 de enero, en el último día del típico viaje de invierno, estoy en Praga. Cuando llegué a la ciudad me sentí un poco abrumada: demasiada belleza, demasiada gente, demasiado movimiento, demasiados estímulos. Después de patearla y saborearla, la siento menos complicada y más cercana.

Sus bellas calles llenas de cuidados y lujosos escaparates me animan a salir a comprar algún recuerdo para no olvidar esta ciudad. Esa mañana, mientras preparo la maleta para el regreso al fluir de la rutina, comprobé que tenía muy abandonada una parte de mi armario. Damos demasiada importancia al vestuario que ven todos y no al íntimo, así que me pregunté y me respondí ¿A qué esperas?- ¡Siempre viene bien sentirse sexy!

Busqué el mejor lugar para vestirme con encaje y transparencias, con la necesidad de sentir las suaves caricias de dulce satén. Me compré un sexy y cómodo top lencero de tirantes en dulce satén, confeccionado en combinación de muselina y encaje, con diseño de mariposa bordada con

cristal. Una elección adecuada, me dijo, la dependienta- para no cruzar la fina línea de lo sensual y convertirse en hortera.

Salí de la tienda con una extraña y agradable sensación. A mis 67 años, me sentía atractiva, libre y llena de sensualidad. Me encontré entre las calles de la soledad del mediodía con Antonio. Él lloraba sin compañía. Caminaba sin rumbo y sin alma. Parecía querer algo de mí y se acercó, o quizás con mi mirada lo acerqué, no lo sé, ni me importa. Esa tarde compartimos llantos e historias. Nos dimos mutuamente amistad, cariño y nuestros cuerpos. Nuestras conversaciones se convertían en murmullos, mis dedos se posaron sobre sus manos. Las sonrisas nos despojaban de los miedos y prejuicios.

Nunca he hecho esto –me dijo – pero quiero que vengas conmigo. ¿Te apetece? –me preguntó electrizado en vergüenza y nerviosismo juvenil.

Todos mis años de entrenamiento para proteger una imagen de mujer inaccesible caían, en capas, y se arrastraban, dejándose llevar por una necesidad de aventura de alquimia espiritual. La lencería estrenada tenía ese poder de los símbolos de transformación Me estimulaba a redescubrir el mundo erótico fuera y dentro de mí misma, a romper el mito del pudor relacionado con sexo de mala calidad. ¿Por qué no?, ¿Quién nos los impide? Respondí y a continuación, decidida, audaz y dispuesta a experimentar, respondí con un rotundo, SI.

Elegimos un hotel para pasar la noche, en el grupo del Club de los 60, y me propuso buscar en la nueva tendencia de hoteles con habitaciones temáticas y de diseño, que buscan nuevas formas de sorprender dotando a cada habitación de un estilo propio y radicalmente diferente. Así querrás volver al hotel una y otra vez para probar la habitación africana o la suite budista, por decir algo, sonreí.

Elegimos la habitación del bosque. Un bosque en donde, sin saberse cómo, comenzaron a cantar pájaros. De vez en cuando vale la pena salirse del camino, sumergirse en un bosque. La puerta del bosque cierra sus párpados y me encierra entre sus brazos.

Su abrazo fue más allá del abrazo. Los poros de la piel se abrieron, nuestras lenguas desesperadamente buscaron darle sincronía a un baile. Las palabras susurradas al oído se transforman en imágenes mentales de Amor, Belleza, Pasión, pura alegría, otra forma de Arte. El arte de sentir y de desear por primera vez. Nos besamos, desnudos, intensos, sin miedos, sin detenernos, sin importarnos el mundo. Con los sentidos abiertos, entre caricias nos dijimos con qué fantaseábamos, lo que nos gustaba y lo que no, lo que deseábamos. Con gusto y placer premiamos y legitimamos a la imaginación.

A nuestra manera, nos expresamos con gemidos, gritos en susurro y jadeos, sonidos que ya no eran palabras pero que expresaban el placer con plenitud. Exhibimos sin ambages nuestros cuerpos, sin importarnos la pequeñez y la flacidez de la edad, sus manos empujaban firmemente hacia abajo mis caderas, con más necesidad de juego que de ejecución. Entre susurros poéticos me dijo: El cuerpo está para disfrutarlo mientras dura y debemos evitar que nuestra cabeza le ponga barreras que no son reales. Le admiré con la respiración entrecortada.

Apagamos las luces y encendimos los cuerpos. Bailamos sin prisas al ritmo de la pasión y del descubrimiento hasta llegar al orgasmo. Una noche intensa y fugaz, todo sexo, puro sexo, intenso sexo. Fue el primer encuentro de ambos, fue nuestra primera vez.

En el desayuno nos preguntamos si tanta verdad era posible o si era solamente un espejismo, un escenario de sueño. Es domingo, le dije- nuestro avión sale a las 12 del mediodía. ¡Oh, Dios mío!" le oí exclamar –" el segundo vuelo del día".

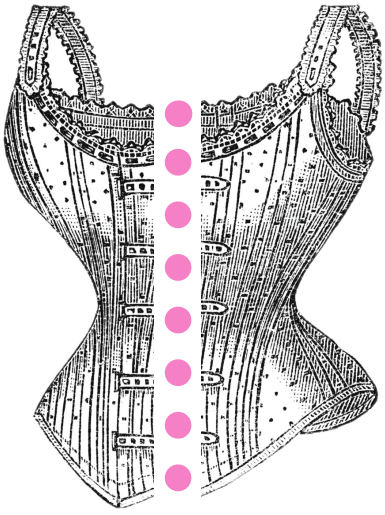
Desde entonces, Antonio y yo, volamos cada mes de enero a Praga. Ya es nuestra tercera vez.

Confieso, para sentirme clara, que en la soledad de mis noches del resto de los meses del año, alimento la esperanza de peregrinar en Enero y a Praga, para sentirme viva y humana.

El corsé negro

Eduardo Izquierdo Iglesias

Accesit LGBT 2016



Se sentía especial, sabía que su corsé entallado con encaje y el conjunto de su braguita y liguero negros con blonda bordada a mano eran como una armadura que la protegería en aquel cóctel en el que, bien lo sabía ella, volarían cuchillos.

Había pasado la mañana en la peluquería, pensando en que no podía confiar en nadie a pesar de todas las llamadas que le llegaban asegurándole su apoyo incondicional. Sí claro, incondicional. Mientras ella detentara el poder así sería, pero era indispensable que no dejase ni un resquicio de duda. Para eso necesitaba su armadura.

Quienes se habían enfrentado a mí durante los días de incertidumbre ya no podrían cambiar sus posturas con facilidad, así es que tendrían que seguir atacándome o rendirse sin condiciones.

El patio cubierto de aquel hotel era un sitio muy acogedor: un antiguo pozo cegado en el centro, sofás y tresillos de cuero blanco para separar los espacios, una luz tenue y una temperatura muy agradable pese al frío que reinaba en el exterior ese noviembre. Estábamos en el claustro de un antiguo convento; no pude menos que imaginar la de fechorías que se habrían cometido en ese mismo lugar siglos atrás: grupos de mujeres encerrados allí de por vida, unas tratando de imponerse a las demás, otras tratando de sobrevivir y disfrutando todo lo que podían de aquella vida de contemplación y éxtasis…

La voz de Rodrigo me sacó de aquellas evocaciones:

- Jefa, ¡qué bien te sienta ese vestido negro!

- ¿Te has vuelto pelota de repente Rodrigo?

La sonrisa con la que se dirigía a mí no dejaba lugar a dudas de que se alegraba realmente de mi nuevo puesto.

Los dos tipos más guapos del organigrama de poder se acercaron a mí con aire de suficiencia; yo no era su superior, pero tampoco estaba sometida a su mando. Dos auténticos armarios, pura fachada con toda seguridad, pero crueles con sus subordinados:

- ¡Vaya, vaya, la auténtica cuota femenina!

- ¿Cómo pueden decirse más tonterías con menos palabras?, - le espeté.

Parecieron cortarse un poco, pero se notaba en sus ojos el deseo que experimentaban por mí, alta, guapa, bien vestida y … encima ahora con poder. Un trofeo.

Para aguantar un poco el tipo por si insistían, me los imaginé sentados en su baño, estreñidos, sufriendo por cada arruga que ya se iba manifestando en su cara, por lo excesos que cada banquete y cada copa proporcionarían en el futuro a su barriguita de cuarentones.

El campo magnético que me proporcionaba mi corsé repelió una y otra vez durante toda la velada los ataques sardónicos de hombres y mujeres que habían aspirado a ocupar mi lugar. Todos salieron rebotados en sus torpes intentos, salvo Mabel que perseveró un poco más. La vi tomarse al menos tres copas de Dom Pérignon mientras no se iba ni un instante la sonrisa de su rostro. No podía relajarme frente a ella, sería un síntoma de debilidad a los ojos de todo el mundo; sabía, Rodrigo se había encargado de informarme oportunamente, que había conspirado para que yo no alcanzara ese puesto. Ella no lo necesitaba, ya ocupaba uno de casi igual categoría, así es que pensé que lo suyo era para mantener su estatus de mujer importante dentro de la empresa sin que nadie le hiciera la menor sombra imaginable. También entendí que esa noche había asumido que mi llegada era ya un hecho irrevocable y trataba de buscar complicidad en mí. Política de hechos consumados.

Me fijé en su cara, era muy hermosa y sus ojos levemente rasgados tenían un brillo especial que erré en interpretar: parecía obvio que se debía al champagne que estaba bebiendo.

Sentí, al cabo de un rato de hablar con ella, que la sociedad aparente que formábamos disuadía a muchos imbéciles de acercarse, así es que mi postura corporal (supongo que de forma inconsciente), tendió a mantener ese círculo bipersonal durante un buen espacio de tiempo.

Decaía la fiesta, ya muchos majaderos se habían esfumado pero aún podían pasar cosas interesantes. Mabel agarrándome del brazo me dijo:

¿Me acompañas al servicio, querida?

Claro, ya va siendo necesario salir de este ring.

Cuando llegamos al vestíbulo, Mabel me dijo:

- Subamos a mi habitación, allí el baño seguro que está más limpio.

- Mabel, estás en todo, no sabía que habías reservado una habitación en este hotel.

En el ascensor me explicó que casi siempre bebía y no quería volver así a su casa, era una incomodidad y podría descansar un poco mejor tras la velada.

La habitación era muy amplia y agradable, decorada en tonos pastel con una iluminación relajante y tenue. Mabel nada más cerrar la puerta me miró a los ojos y acercó sus labios a los míos; yo no los rehuí, tardé unos segundos en comprender que me estaba gustando durante toda la noche aunque mi pensamiento consciente se negaba a admitirlo. Se separó de mí un instante para evaluar en mi rostro el efecto de su beso; ambas sonreímos con una sonrisa suave. Su cara me pareció aún más hermosa y un escalofrío de deseo me recorrió de arriba abajo. Agarré su cabeza con ambas manos y la atraje hacia mí con la urgencia de una pasión que no pensé que pudiera sentir por una mujer.

A los besos rápidos le sucedieron otros profundos, suaves y fuertes a un tiempo, besos plenos de exploración y placer. Me gustaba su olor y el tacto de su cuello y su pelo; poco a poco sus manos y las mías se fueron atreviendo a más.

Cuando levanté su vestido y ella bajó la cremallera lateral del mío, ambas descubrimos a un tiempo nuestros corsés negros exactamente iguales. Nunca podré olvidar el instante en que entonces confluyeron nuestras miradas inteligentes.

Asociación de Sexología

Dialogasex